

desdeñando el reposo de la celda, parten á remotos países á buscar almas para comunicarles la luz del Evangelio.

Estos varones distinguidos son los que pudieron servir de norma á los demás: entre ellos se señalaron los que emprendieron sus misiones sin auxilio humano, impelidos solo por su propio esfuerzo, guiados por la caridad como los primeros discípulos de Jesús; y entre ellos también descolló el venerable religioso cuya vida bosquejamos á continuación.

---

XXII

**Fray Antonio Margil de Jesús**

La curiosidad nos condujo una tarde á la nueva calle bautizada con el glorioso nombre de la "Independencia," para visitar una casa que formaba parte del convento de San Francisco.

Hay algo verdaderamente interesante en esa rápida transformación que reciben algunos edificios antiguos de Méjico, al impulso del dedo de la reforma. De la noche á la mañana vemos convertidos los

anticuados monumentos de ayer en elegantes monumentos de hoy; los muros toscos, irregulares, desaliñados y hasta informes abortados por una arquitectura sin arte y caprichosa, ceden el puesto á edificios de formas correctas y graciosas donde se admiran esa sobriedad de ornato, ese primor sencillo que revelan las obras de un gusto más adelantado. Pero toda la gala, pulidez y refinamiento que distinguen á las nuevas construcciones no bastan á darles el sello especial, el prestigio, el imán de las que han resistido incólumes el embate de los siglos; y cuando hemos visto á varias personas lamentarse en presencia de los escombros de un claustro ó de una iglesia, hemos respetado su sentimiento, porque estamos ciertos de que en la mayor parte no es fruto de una devoción exagerada ó de antipatías de partido, sino de la inclinación natural á compadecer lo que fué por mucho tiempo y deja de existir. El hombre se encariña con las ruinas, porque ve en ellas una imagen de su destino, y porque en la destrucción de un monumento llora su propia destrucción.

Pero la casa de que hablábamos no es propiamente un edificio nuevo, ni aun siquiera transformado. Si prescindís de la fachada, que es bien pobre, y del patio casi enteramente ocupado por la base de

la escalera que conduce al piso superior, todo lo demás conserva las facciones de su primitiva existencia; es un fragmento de monasterio separado del resto por una calle; todo en él se halla en el mismo estado que tenía cuando era de los religiosos; los mismos claustros prolongados y oscuros, el mismo aspecto vetusto, y la misma sucesión de celdas con sus puertas alineadas y numeradas en la parte superior como las páginas del libro del tiempo.

Sólo una cosa ha huído para siempre de aquel melancólico recinto, y es el silencio: el ruido que forma el ir y venir de los moradores, las voces y risas de estos, contrastan singularmente con la adusta configuración de la casa que descubre á primera vista su origen cenobítico.

Esta parte del monasterio era la enfermería, ó por lo menos un departamento de ella. Sabíamos por la historia que allí falleció el venerable P. Fr. Antonio Margil, y el deseo de conocer el lugar donde ocurrió ese suceso, nos hizo enderezar los pasos á la casa y en seguida al aposento número 6 de la misma. Habitaba en él un anciano pobre, de maneras francas, que parecía estimar debidamente la fortuna de vivir bajo aquel techo que atesora una página tan bella y provecho-

sa: su menaje era el de un monje: tenía colocado su lecho precisamente en el ángulo donde el buen religioso exhaló el último suspiro, y mostraba por ello una gran satisfacción.

En la pared correspondiente á la cabecera, y á unos dos metros del suelo, se ve pintado el retrato del santo misionero y á su pie leímos la siguiente inscripción:

Verdadero retrato del venerable P. Fr. Antonio Margil de Jesús, misionero apostólico, el cual falleció en este sitio y convento de N. P. San Francisco de México, el día 6 de Agosto de 1726 años, á 70 de edad.

Desde esa fecha á la presente ha transcurrido más de un siglo, durante el cual han bajado á la huesa no pocas de esas oleadas de vida que llamamos generaciones, no pocos de esos hechos que nacen y mueren aspirando inmerecidamente á la inmortalidad, no pocas de esas ambiciones de humo que suelen usurpar el nombre de gloria, y en una palabra, no pocas de esas miserias que brindan á los humanos la escasa copa de la di-

cha de un día. Entre tanto ha vivido y vive la memoria de un traile que, por el contrario, si algún deseo vehemente abrigaba con respecto al mundo era atravesar por él obrando bien, pero ignorado.... ¡Privilegio envidiable de la virtud! Ella no busca recompensas, porque en sí misma tiene siempre su más preciado galardón; hace su peregrinación sobre la tierra con la mirada fija en Dios y derramando á su paso raudales de consuelo; y al emprender el camino á las estrelladas regiones de la bienaventuranza, deja en pos de sí una fragancia divina que jamás disipa el viento del olvido.

Dicha nuestra ha sido aspirar la que exhalan las virtudes del venerable Margil de Jesús, y toma creces esa dicha al reflexionar que no faltan en la generación presente corazones que las estimen, y para quienes no estarán de sobra las pocas líneas que sobre la vida del héroe vamos á trazar.

### I.

En la mañana del 6 de Junio de 1683, hubo una gran conmoción en la ciudad de Veracruz.

Avistóse en el mar una flota que si bien parecía procedente de España, por

traer los buques bandera de esa nación, se temió con fundamento no lo fuera más que en apariencia.

Pocos días antes se había hecho á la vela el famoso Lorencillo después de saquear la ciudad, cometiendo todo género de crímenes y como tras un mal vienen otros, recelaban los moradores que las naves que entonces se acercaban al puerto no fuesen portadoras de otros ó de los mismos piratas.

No era así á la verdad.

En la tarde del mismo día todos estaban ya ciertos de que aquella flota era la que se esperaba de la Península desde principios del mes anterior, y entre los navegantes se contaban algunos misioneros que venían destinados al colegio de la Santa Cruz de Querétaro, recientemente fundado.

Uno de estos varones apostólicos era Fr. Antonio Margil de Jesús.

Después de llorar sobre el pasado infortunio de la población donde había encontrado hospitalaria acogida, sin embargo de estar desolada, obedeciendo la orden de su prelado que lo era el R. P. Linaz, se puso en camino para lo interior del país acompañado de otro sacerdote, á pie, y como dice un biógrafo, con sólo el breviario, un báculo y un santo Cru-

cifijo, sin otro subsidio, esperando el sustento de la Providencia divina.

Todo este viaje fué una continua predicación.

Notables fueron los frutos que alcanzaron los misioneros en Cotastla, Huatusco, San Martín, San Salvador el Verde y San Juan del Río, si bien los compraron á costa de mil penalidades, pues siendo entonces como era el tiempo de aguas y extraviándose varias veces por aquel suelo que no conocían, se veían cuando menos lo pensaban sumergidos en pantanos y precisados á que la ropa se les orease en el cuerpo, no trayendo otra túnica de remuda.

Finalmente, asociados en San Juan del Río á otros misioneros llegaron al expresado convento de Querétaro á 13 de Agosto del mismo año.

## II

Veinte y seis años nació en Valencia un niño que había de ser el blasón más ilustre de todo su linaje, y que era entonces la delicia de sus padres, personas decentes aunque de mediana fortuna.

“Las familias, dice un escritor, suelen tener muchos altos y bajos desde su primer origen, variándose los sucesos según se alternan los tiempos. Sufrir la sangre

encañada en las venas las desigualdades que el agua oculta en sus arcaduces, que ya sube á los mármoles, ya se abate á los riesgos, sin que pierda lo claro la profundidad á que se humilla, la alteza de quien tuvo su origen. Nadie es tan mucho que haya dejado de ser nada, ni es tan poco que no haya sido mucho. Ha muchos días que se tratan hermanablemente buena sangre y mala fortuna, pues no son los hombres nobles por solo ser ricos, ni menos ilustres por estar colocados en la categoría de los pobres.”

Desde sus primeros años mostró el niño excelente índole, y como debió al cielo la dicha de una madre virtuosa, empezó conforme iba creciendo á recibir en su tierna alma las semillas del bien, que germinando más tarde, produjeron esas flores divinas con que la veremos después engalanada.

Los escasos medios de subsistencia de su familia no fueron parte á impedir recibiese una decente educación literaria, sin decuidar por ello las prácticas piadosas á que era singularmente inclinado: ¿qué alma sensible, nacida en el seno de la religión cristiana, no se ha hallado en el mismo caso cuando al salir de la infancia empieza á presentir las misteriosas borrascas de la juventud? ¿quién es el que no recuerda, como uno de los goces

más cumplidos de su primera edad, esas horas de entusiasmo religioso en que se extasiaba al escuchar en el santuario las graves armonías del órgano, y el canto del anciano sacerdote celebrando las glorias del Eterno?

Creció el niño, y ya joven de diez y seis años pasó á esconder su vida al convento de recolección de franciscanos de la misma ciudad, llamado de la Corona de Cristo por conservar como preciosa reliquia la mitad de una espina de la corona de Jesús. Hecha su profesión, la obediencia al prelado le condujo al convento de Denia á proseguir los estudios que comenzara en su niñez; y aprovechando notablemente en la filosofía, se creyó conveniente que volviese, como volvió, al de la Corona á seguir el curso de ciencias teológicas.

Ordenado el presbítero pasó á vivir al monasterio de Santa Catarina de Onda para dar principio al noble ejercicio de la predicación, en que había de adquirir tantas excelencias. Allí, en el retiro y silencio del claustro, fué donde escuchó en lo íntimo de su alma una voz que le llamaba á ejercer su apostólico ministerio á las apartadas regiones del Occidente. Cedió el hechizo de esa voz celestial, y en breve le vemos tomar el camino de Cádiz, donde se embarca para México; no pier-

de tiempo durante la navegación que fué de noventa y tres días, empeñándose por medio de pláticas y sermones en mejorar las costumbres de los pasajeros; y aportando en fin á las playas de Veracruz, emprende su viaje á Querétaro. Ese misionero no era otro que el V. P. Fr. Antonio Margil de Jesús.

### III

El colegio apostólico de la Santa Cruz de Querétaro ha gozado siempre de tanta nombradía, que se nos echaría en cara como una omisión imperdonable el no consagrar algunas líneas á su historia, particularmente cuando la circunstancia de contar entre sus fundadores á nuestro héroe, le hace merecedor de perdurable memoria.

Su iglesia fué la primera que hubo en la ciudad, y fué asimismo la primitiva parroquia, pues según nos informa el curioso libro titulado "Gloria de Querétaro," "en ella se bautizaban, casaban y enterraban los que se convirtieron del gentilismo, hasta que se mudó al lugar donde se halla hoy el convento grande capitular de N. P. S. Francisco."

"Se hizo la primera vez (continúa el libro citado) en el año de 1531, una pequeña ermita de ramas y materiales cam-

pestres, en donde se dijo la primera misa el día de Sra. Santa Ana, 26 de Julio del mismo año: se hicieron también del mismo material algunas pequeñas celdas para los pocos religiosos y ministros que había, y una vivienda contigua que sirvió de hospital para curación de los indios. Habiendo mudado los religiosos el convento, como dijimos, con el tiempo se consumió la primera ermita, dentro de la cual estaba colocada la milagrosa cruz de piedra; con esto estuvo algunos años esta preciosa reliquia en campo descubierto, obrando muchos y grandes prodigios. La repetición de éstos movió la piedad de los fieles, y á instancias de los religiosos franciscanos se fabricó una ermita de carrizo y tajamanil (tablilla), la que á los cuatro años se mejoró de cal y canto, con techo de madera. Así se conservó esta iglesia hasta el año de 1654, en que vencidas varias dificultades y controversias, y conseguida licencia del rey, se fabricó de nuevo una iglesia más capaz, con un convento anexo á ella para los religiosos que cuidaban de la Santa Cruz, el que sirvió un poco de tiempo de enfermería de la santa provincia de San Pedro y San Pablo de Michoacán: y el año de 1666, estando ya enteramente concluido el convento con todas las oficinas necesarias, lo destinó dicha provincia para

casa de recolección, con el título de San Buenaventura; hasta que por fin el año de 1683 se entregó á los padres apostólicos para que fundaran en él un colegio de misioneros de "propaganda fide," por bula del Sr. Inocencio XI, de 8 de Mayo de 1682, el que hasta el día se conserva sin haber decaído un punto de su primitivo fervor y exactísima observancia.

"La fábrica material del colegio y de la iglesia ha tenido muchos y grandes aumentos desde el año de 1683 hasta el presente (1802). El complemento del crucero de la iglesia, del coro, de la sacristía y del hermoso camarín que está detrás del altar mayor, es debido á la generosidad y beneficencia del Br. D. Juan Caballero y Ocio, que lo hizo á sus expensas. La iglesia principal, que es de un tamaño proporcionado, está bien adornada de colaterales, y tiene contigua una hermosa capilla con tres puertas, por donde se comunica con ella, y ambas tienen su fachada hacia el Poniente. El colegio es bastante amplio y cómodo para la habitación de los religiosos: tiene una famosa librería, con obras muy selectas y apreciables; en el día ascienden sus libros al número de siete mil y tantos volúmenes."

Veneranse en la iglesia algunas imágenes notables, entre otras, una de María con Jesús niño en los brazos, obra de

pincel romano; otra, que es una escultura napolitana y representa al Niño Jesús, la cual donó la señora duquesa del Infantado al P. Fr. Antonio Linaz, cuando vino á fundar el colegio apostólico; y la otra que es un Santo Cristo de marfil, de vara y tres cuartas, muy bien trabajado, que dió á los religiosos el señor Don Toribio Cosío, marqués de Torre-Campo, gobernador que fué de Filipinas, el año de 1731, que pasó para esa ciudad cuando se restituyó á España.

Pero el objeto más preciado que atesora la iglesia, en que cifran su orgullo los queretanos, y que ha dado nombre al colegio, es la cruz de piedra, llamada "de los milagros," que se venera en el altar mayor. Está formada de cuatro piedras rojas que, según la tradición, fueron encontradas en la loma vulgarmente llamada de "Sangremal," el año de 1531, en que conquistaron la ciudad los españoles al mando del cacique otomí D. Fernando de Tapia.

A este colegio llegó nuestro Margil el día y año antes apuntados, y desde luego se dedicó á las tareas de su santo ministerio, preparándose en el retiro con el estudio incesante de la sagrada Escritura. Por el espacio de cuatro meses se le vió trabajar sin descanso, eligiendo para teatro de sus predicaciones ora la ciudad de Querétaro, ora la de México, y ora final-

mente, varias otras poblaciones de inferior categoría, pudiendo con verdad asegurarse que fueron pocas las que no se conmovieron á la insinuante voz del apóstol.

Pero este era un campo bien estrecho para el ardiente celo que le animaba, y la Providencia le había destinado á recorrer otro incomparablemente más vasto. Por el mes de Marzo del mismo año se le intimó la orden del superior para que con otros tres compañeros pasase á evangelizar á los pueblos de la dilatada provincia de Yucatán. Pónense en camino de dos en dos; llegan á Veracruz; recogen colmados frutos en esta ciudad; embarcándose para Campeche, y desde este puerto siguen peregrinando hasta Mérida, capital entonces de la provincia y hoy del Estado de Yucatán.

#### IV

¿Habéis escuchado ese canto melancólico que entonan los labradores en las haciendas antes de dar principio á sus tareas diarias y poco después de finalizarlas?

La obscuridad, como un velo fúnebre, se extiende sobre el valle y da á las montañas el aspecto de negros murallones.

Todo vace en profundo silencio; el zentzontle duerme todavía en las intrincadas ramas del mezquite, y el brillante colibrí

nó vuela zumbando por cima de los floridos matorrales.

Mírase en el horizonte una cinta indecisa de apacible lampo, más no es todavía el primer albor de la mañana. Brillan los luceros en todo su esplendor, y en la inmensa bóveda del cielo reina una calma imperturbable, una calma que envidia el corazón y le obliga á suspirar.

Una casa de apariencia rústica, pero de sólida construcción, se levanta hacia la falda del vecino collado: rodéanla una muchedumbre de cabañas, asomando el techo de palma por entre los plantíos de nopales y magueyes.

De uno de esos pobres albergues sale una luz rojiza, aprovechando los espacios que dejan entre sí los mal unidos juncos de que están formadas las paredes: prodúcela la llama del hogar, cerca del cual se dispone á salir un hombre de semblante altivo y formas robustecidas en la escuela del trabajo; su esposa é hijos duermen tranquilamente.

Después de algunos minutos este hombre, que es el mayordomo de la hacienda, pasa de choza en choza despertando á los operarios, deteniéndose á la entrada del cercado de cada habitación, y saludando á cada uno de aquellos con un prolongado ¡Ave María Purísima!

Finalmente, reunidos en el patio de la casa de la hacienda todos los peones, car-

gados con los instrumentos de labranza respectivos, de enmedio del concurso se levanta una voz sonora que entona el primer verso de un himno religioso. Esta voz es grave y tierna como el dolor, como la esperanza próxima á desvanecerse.

Siguenla en coro las de los otros campesinos, y alternándose de este modo el coro y la voz principal llegan al fin del sagrado canto, que parece una queja sostenida y vigorosa, un gran gemido compuesto de gemidos, y el himno del quebranto y la resignación, en cuya melodía van envueltos los corazones como una ofrenda al supremo Autor de la felicidad.

Así cantan nuestros labradores antes de que la selva suspire conmovida por el céfiro, antes de que el Oriente se illustre con los primeros asomos de la aurora, y antes de que las flores desplieguen la brillante córola para tributar al cielo su fragancia.

Este cántico, que resuena á la misma hora en todos los distritos agrícolas de nuestro país, es el "alabado."

Baña después el sol la inmensidad del espacio en mares de esplendor y gloria. Las sombras se refugian á los pliegues de la vestidura de las montañas; y mientras el hombre riega la tierra con el sudor de su frente, empuñando la esteva y caminando al paso del robusto buey, compañero de sus fatigas, los árboles del valle

mueven perezosamente la olorosa cabellera, y las aves, llenas de júbilo, circulan en bandadas por el cielo formando coros armoniosos: las aves son los ángeles del aire.

A la bochornosa siesta suceden horas más apacibles. El sol declina al ocaso, y ocultándose después tras la montaña, deja en pos de sí el crepúsculo como la memoria aun fresca de la felicidad que acaba de pasar.

Los objetos empiezan á cubrirse con una gasa sombría; vuelve el silencio á dominar en montes y valles; el ave atraviesa el aire en tardo vuelo, sin trinar, buscando el árbol donde ha de reposar durante el imperio de la sombra, y la campana suspendida en la torre del lejano pueblo, se asocia vibrando á la melancolía del alma, produciendo una voz triste y apacible como un adiós á la luz...

En estos momentos vuelven los cansados labradores á congregarse para repetir el himno que entonaron en la mañana. Pero ¡cuán diverso carácter tiene el alabado á estas horas! Si alguna vez lo habéis escuchado al llegar á hospedaros en la hacienda después de caminar durante un día entero, ó si tal vez morando en la ciudad habéis enderezado los pasos hacia algún sitio de los alrededores que conserva para vos alguna memoria sagrada, y al volver del paseo os sorprende la no-

che cerca de la finca en los momentos en que los labradores están juntos para representar la tierna escena de que vamos hablando, ¿á qué pretender recordaros la impresión que causó en lo íntimo de vuestra alma? ¿á qué intentar reproducir una imagen que está viva, y que adoráis en secreto siempre que pensáis en la suerte de esos mortales beneméritos que riegan con sus sudores y á veces con lágrimas un suelo ingrato, para obligarle á producir el pan que nos sustenta, que nos sustenta quizá sin merecerlo?

Juntos los campesinos en el lugar indicado, dejan oír de nuevo la voz que en la mañana era un lamento, y hoy es el canto animado, vibrante, triunfal del agradecimiento y de la dicha. Con él expresan el regocijo por la victoria sobre la tierra, mediante el trabajo, el deseo que pronto van á satisfacer, de tornar á su pacífica morada, donde gustarán las deficiencias de la familia, y tal vez la esperanza de mejorar de condición, para proporcionar una existencia menos penosa á sus hijos. ¡Oh! bien haya el que inspiró á los hombres del campo la idea de juntarse diariamente para llorar ó bendecir. ¡Bien haya el corazón piadoso que inventó tan inocente y suave melodía! ¡Y bien haya mil veces el humilde religioso, el P. Margil de Jesús, que al

introducir esta costumbre entre los labradores, les enseñó el modo más adecuado y bello para pedir al cielo favor, ó para significarle su reconocimiento por medio de un canto tierno y sencillo, que es al mismo tiempo un himno y una plegaria!

V

Si, el P. Margil fué el inventor del alabado, que, como ha dicho muy bien un escritor, es nuestro verdadero canto nacional.

Entonábanlo al entrar en los pueblos, y así publicaba su misión; así anunciaba que el enviado de Dios ponía las plantas en aquellos lugares, y que bien pronto iba á hacer resonar la palabra de vida.

Descalzó y sin más armas que el Crucifijo recorrió con el P. López, religioso de la misma orden y su inseparable compañero, gran parte de la provincia antes mencionada. Pasó después á Tabasco y á Ciudad Real; en seguida á Guatemala y á todos los pueblos de la costa y sierra, que dan al mar del Sur, á la Talamanca y á los térrabas, á la provincia de la Vera Paz, á las montañas donde habitan los apóstatas choles del Manché y al país de los indómitos lacandones.

En todas partes se atraía las volunta-

des por medio del ejemplo y de la predicación: su presencia era la de un mensajero de paz y caridad, y dejaba al ausentarse el gérmen de las buenas costumbres, juntamente con la memoria suavísima de una virtud acrisolada.

Los pueblos, por su parte, acogían á los ministros del Evangelio con vivas demostraciones del más puro entusiasmo. "Conmovíanse, (dice el P. Espinosa, biógrafo de nuestro Margil), los circunvecinos pueblos con tal extremo, que sucedió tal vez congregarse por los caminos cuatro mil indios, saliendo desalados de sus chozas, por acompañar á estos dos varones memorables. Quisieran demostrar lo crecido de su afecto y veneración, desgajando verdes ramos de los árboles, los llevaban en las manos muy festivos: y por la multitud frondosa que se movía, pudo parecer, ó que se trasladaban de una á otra parte las selvas, ó que, como se le representaron al ciego del Evangelio, caminaban los hombres como árboles. Aflijíanse los humildes misioneros con demostraciones tan extrañas, y á fuerza de ruegos, persuasiones y amenazas, cortaron el hilo á estos piadosos, excesos, protestando no saldrían de los pueblos, hasta que arrojasen al campo las ramas, por obviar semejantes emulaciones en los vecinos."

VI

Sin embargo, no en todos los lugares que visitaron durante su peregrinación apostólica, tuvieron igual acogida. Poblaciones hubo entre infieles, donde al entrar eran saludados con una lluvia de piedras y saetas, salvando la vida por uno de aquellos sucesos cuyo secreto se reserva la Providencia.

Predicando entre los salvajes de la Talamanca, llegaron á una ranchería, donde maltratados de mil maneras á cual más punzante, estuvieron á punto de ser matados de hambre; entre los lacandones iban á ser pasto de aquellos canibales; y puede afirmarse sin exageración, que sus peregrinaciones entre los gentiles fueron un continuo peligro, llegando hasta el extremo de que, hipócritamente obsequiados en algún palenque, (aduar de los naturales), con varias frutas, recibieron oculto en ella un fatal veneno, de cuya acción, no obstante, se vieron milagrosamente libres. Asegúralo así el mismo P. Margil en una carta, en que haciendo mérito de este hecho, refiere que admirados los intérpretes, les hablaron cierta vez de esta manera: "¿Padres, los indios dicen, si sois dioses?, porque os han dado veneno en la comida, y no os morís."

Los dignos misioneros, entre tanto, correspondían á esta conducta malqueriente con la mansedumbre y caridad, que son el distintivo de los verdaderos apóstoles. Ajenos de ese celo indiscreto en que ardían algunos frailes del siglo décimo sexto, no entraban en los pueblos de idólatras, destruyendo los torpes objetos que adora la superstición: empezaban su bienhechora conquista, procurando alumbrar los entendimientos con la luz de las eternas verdades y sembrar en los corazones el amor de Dios y de los hombres; proseguían su obra desarraigando malas costumbres y corrigiendo vicios, especialmente el de la embriaguez, á que son tan dados los indios, y la coronaban felizmente algunas veces, haciendo deponer á los bárbaros la vida en los montes y reduciéndolos á formar poblaciones regulares, para lo cual les patentizaban la miseria de la condición aislada y beligerante, y las ventajas de la vida civil y cristiana.

Una vez alcanzado este triunfo, ¡qué cuadros tan risueños los que representan á los neófitos dirigidos y aleccionados por los discípulos de Jesús! Para establecer las poblaciones elegían éstos por lo regular los valles dilatados y enriquecidos con todos los dones de la naturaleza: formaban la planta correspondiente,

trazando calles y señalando los sitios donde se proponían edificar iglesias; procedían luego á la formación de ellas y de las chozas destinadas á los habitantes; y era de ver la animación, el entusiasmo, el afecto con que se ejecutaban todas estas obras, siendo los misioneros no sólo directores, sino de los primeros en contribuir á ellas con su trabajo físico. La actividad de los nuevos pobladores podía significarse propiamente con una imagen mil veces empleada en casos como éste, por los escritores griegos y romanos, con la que presentan las abejas al construir su panal.

“Toda la fábrica de estas iglesias era pajiza, (dice el biógrafo antes citado), compuesta de jarales y troncos, y adornados los altares con estampas y vitelas, formándoles sus tabernáculos de cañas y flores de diversas plumas: las colgaduras eran de esteras bien tejidas, y éstas eran las preciosas alhajas que les ministró á los religiosos en aquellos desiertos su camarera la santa pobreza. El ornamento lo cargaban consigo, que por ser único les servía en todas partes, y para que uno dijese misa, esperaba, ayudándole de ministro, el otro. Para este sacrificio conservaban unas sandalias de una suela, y no les servían más en todo el día, por-

que en toda su peregrinación llevaban los pies enteramente desnudos.”

Pero si bien es cierto que este desabrigo les parecía natural y consiguiente á su estado, y por lo mismo, no sólo llevarlo, sino apetecible para más asemejarse á los primeros apóstoles, también lo es, que para las pobres chozas que con el nombre de iglesias habían fabricado y destinado al culto, anhelaban alguna más decencia, y así lo pidieron en un informe dirigido al presidente de la audiencia de Guatemala, cuyo pasaje relativo vamos á trasuntar en seguida:

“La mucha caridad, (dicen), que U. S. hace á nosotros, mandando á sus ministros, que todo lo que pidamos por nuestras firmas lo provean de las arcas reales de su majestad, sea por amor de Dios; pero nosotros, por la misericordia del Señor, no necesitamos de firmar cosa alguna, porque siendo Dios Nuestro Señor servido, con estos hábitos que sacamos del colegio, hemos de volver á él: y en cuanto á la comida, así entre cristianos como entre gentiles, no nos ha faltado lo necesario, y tenemos esa fe en el Señor, que jamás nos ha de faltar; aun que es verdad que en todas estas naciones no hay más comidas que plátanos, yucas y otras frutas cortas, y algún po-

co de maíz; y en la Talamanca un poco de cacao; pero el afecto con que nos asisten en estas casas, hartas veces nos ha enternecido el corazón, y en todo ésto no hemos hallado menos las comidas de otras partes. Pero para las iglesias son necesarias hechuras de los titulares y ornamentos, á lo menos según los ministros hubieren de entrar, y que uno y otro se provea de Guatemala, á donde á U. S. mejor le pareciere, porque en Cartago cualquiera cosa se vende muy cara.”

Acaso las poblaciones que tuvieron por fundadores á estos religiosos insignes, son en el día villas y ciudades florecientes; acaso muchas de ellas sin salir de su obscuridad, han desaparecido del mapa. De todos modos, su existencia en el mundo ó en las páginas de la historia, es un monumento imperecedero que da testimonio del espíritu benéfico y civilizador que animaba á los dignos obreros del cristianismo.

## VII

Empleando el P. Margil su vida de esta manera tan fructuosa y estando un día en el pueblo de Dolores, situado en la montaña del Lacandan, recibió carta del R. P. comisario general, en que le

ordenaba, partiese inmediatamente á Querétaro á desempeñar el cargo de guardián del colegio de la misma ciudad, para el que había sido electo un año antes.

Púsose luego en camino, y á mediados de Abril de 1697, un viandante notició á los religiosos del expresado colegio, haber dejado algunas leguas atrás, en la vía que conduce de México á Querétaro á un fraile, que, según las señas que dió de él, no podía ser otro que Fr. Antonio Margil de Jesús.

Era él en verdad, y en la tarde del lunes 22 del propio mes, salieron á encontrarle á extramuros la comunidad, y casi toda la población en tumulto. Iba el humilde fraile con el rostro tostado del sol, el hábito remendado, el sombrero, que correspondía al vestuario, colgado á la espalda, y en la cuerda, pendiente, una calavera, que le servía en los sermones. Aunque durante su peregrinación apostólica había traído los pies siempre desnudos, quiso en esta vez no mostrarse excesivamente austero, y calzaba esa especie de sandalias groseras que usan los naturales, formadas de una suela de cuero crudo, que tan sólo abrigan la planta del pie, y que llaman “huaraches” en unos pueblos y en otros “cacles.”

Los repiques de las campanas de toda

la ciudad anunciaron la entrada de la comitiva, en medio de la cual iba el apóstol con semblante modesto y lleno el pecho de gratitud por un recibimiento que él conceptuaba inmerecido. Al llegar á la iglesia del colegio, entonó la comunidad el "Te Deum laudamus," y dió fin á aquel acto el venerable Padre con una breve plática que dejó edificado á todo el concurso.

### VIII

Por tres años gobernó con sabiduría á la grey encomendada á su cuidado, y después de haber desempeñado en el mismo colegio los oficios de presidente "in capite" y vicario, pasó de nuevo á Guatemala por mandato del superior y llamado del gobierno, para restituir la paz á los corazones de muchos, que turbaban el sosiego público con sediciones.

Su viaje fué un ejercicio continuo de caridad y enseñanza evangélica, y como dice el biógrafo que antes citamos, "en tan dilatado camino iba haciendo lo que el sol, á quien llamaron corazón del cielo, que no se movía sin ir comunicando calor, lucidos rayos y benignas influencias, dejando en cada posada, ciudad ó pueblo, estampado un beneficio."

Llegado á Guatemala, y habiendo cum

plido satisfactoriamente con el objeto á que le llamó la obediencia y el deseo de contribuir al bien de los pueblos, funda un colegio de su orden en la ciudad; parte en seguida á nuevas misiones, entre pueblos ya convertidos al cristianismo; pero ciegos todavía con algunas creencias supersticiosas; vuelve á ponerse en camino para su colegio de Querétaro; pasa después á fundar el colegio de Guadalupe de Zacatecas; emprende la conquista del Nayárit para el Evangelio; internase con el mismo objeto hasta la provincia de Tejas; y finalmente, después de lograr los mismos bienes entre los infieles del septentrión, que entre los del mediodía, nos le encontramos en camino de Querétaro para México. Venía gravemente enfermo, y en esta ciudad, teatro poco antes de sus predicaciones, le esperaba la muerte.

### IX

Este último viaje se verificaba hacia fines del mes de Julio de 1726. El 6 de Agosto del mismo año, el venerable religioso pasó á mejor vida.

Pintar las circunstancias de su fallecimiento, es tarea inútil; su muerte fué la muerte del justo.

Al anuncio de este doloroso suceso, la

capital se conmovió como herida de una calamidad repentina, y nadie se mostraba dispuesto á creer lo que realmente había pasado en la celda de que hablamos al principio. Una de las más tristes ilusiones del hombre, es imaginarse que el bien ha de ser eterno en la tierra.

Acudían todos al convento de San Francisco á tributar el último homenaje de respeto y gratitud á unos restos queridos, que pronto iba la tierra á esconder en su seno. El cuerpo del digno misionero fué expuesto en la iglesia á la admiración pública. Llamaban la atención por su hermosa el rostro, modestamente inclinado hacia el pecho, y los pies, que sellaba la piedad con mil ósculos, bañándolos en llanto; aquellos pies siempre prontos á caminar, á donde había desgraciados á quienes dispensar consuelo, y que descalzos no habían temido hollar las sierras más ásperas de México y Guatemala.

Asistieron al funeral el virrey, la audiencia, los tribunales, la clerecía, y en una palabra, todo lo más florido de la sociedad mexicana: todos aclamaban por santo al venerable Margil, todos pregonaban á voces las virtudes en que más se había señalado; y eran estas manifestaciones tan espontáneas y entusiastas,

que habrían bastado en los primitivos tiempos de la iglesia, para canonizarle.

Los condes del Valle de Orizava, Don José Hurtado de Mendoza y Da. Graciana Vivero, cedieron para sepultura del venerable cuerpo, una bóveda, que poseían bajo el presbiterio, al lado que llaman del Evangelio.

He aquí la inscripción, que entre láminas de estaño se dejó encerrada en el sepulcro:

Hic yacet sepultus V. Servus dei  
P. Fr. Antonius Margil: Missionarius,  
Praefectus et Guardianus  
Collegiorum de propaganda Fide  
de Sanctae Crucis de Queretaro,  
Santissimi Crucifixi de Guatemala,  
et Sanctae Mariae de Guadalupe  
in hac Nova Hispania erectorum:  
fama utique virtutum, miraculorumque illustris:

Obiit in hoc percelebri  
Mexicano conventu  
Die VI. Agusti Anno  
DNI. M.DCC.XXVI.

Traducida la anterior inscripción, es como sigue:

“Yace aquí sepultado el venerable siervo de Dios Fray Antonio Margil, misionero, presidente y guardián de los cole-

gios de propaganda fide de la Santa Cruz de Querétaro, del Santísimo Crucifijo de Guatemala, y de Santa María de Guadalupe, fundados en esta Nueva España, varón en gran manera ilustre, por la fama de sus virtudes y milagros. Murió en este insigne convento mexicano, el día 6 de Agosto del año del Señor, de 1726."

X

Difícil es encerrar en los estrechos límites de una inscripción, el relato de los hechos notables y de los rasgos característicos de un hombre virtuoso; pero en la que acabamos de leer, no sólo se nota esa falta por los términos generales en que está redactada, sino que se omitió en ella precisamente lo primero y más bien dicho, lo único que debía haberse expresado. Háblase vagamente de virtudes y milagros, y no se llama la atención hacia el distintivo de nuestro héroe, el espíritu altamente evangélico de que estaba animado, que le hacía arrostrar con frente serena los mayores peligros por llegar á su objeto, y en virtud del cual ejecutaba hechos que se pueden poner en parangón con los de los primeros apóstoles.

¿Será que esta prenda, verdaderamente singular en aquel tiempo, no fuese estimada en todo su valor? ¿Se creería acaso que la vida de un religioso no podía emplearse de una manera más digna que administrando sosegadamente los sacramentos en los templos de las ciudades?

No, sin duda; y la prueba es, que el venerable Margil fué objeto en vida y muerte de las más vivas simpatías, y que su memoria ha sido honrada hasta nuestros tiempos con todo el amor y veneración que se tributa á los varones beneméritos; se ha tratado de su beatificación, según nos ha informado una persona; han escrito su biografía plumas tan gallardas como las de los PP. Espinosa y Villaplana, y Larrañaga le ha cantado en versos latinos, pues tal es el asunto de la "Margileida."

Ahora bien, si tanto amor, si tanto entusiasmo ha excitado en los corazones de seglares y eclesiásticos, ¿cómo es que su vida ha tenido tan pocos imitadores?, ¿qué obstáculo invencible se ha presentado para que siguiesen sus huellas tantos regulares que verdaderamente eran dignos y capaces de esa gloria?

El espíritu del siglo actual dicen algunos, todo lo corrompe y envenena; es un viento helado y asolador que extingue

las más nobles aspiraciones y sofoca en germen los más valientes impulsos: esta es la causa principal de la decadencia de los institutos monásticos.

PERIA ALPH  
Pero ¿qué tiene que ver el espíritu del siglo con unos hombres que se apartan del mundo precisamente para contrariar con sus doctrinas y ejemplo la influencia de ese mismo espíritu que suponen tan dañado? ¿ó es otro el objeto de la vida del claustro? ¿Ha sido diverso respectivamente en tiempos anteriores? ¿No es un hecho que el mal siempre ha existido, y que á combatirle es á lo que se han consagrado en la antigüedad los filósofos y después los discípulos de Jesús, màmente los que, como los religiosos, han adoptado una vida más austera? ¿Y no es también un hecho que estos divinos atletas han triunfado? ¿Por qué no pudo suceder lo mismo en nuestros días?

Luego el espíritu del presente siglo, dado que se le identifique con el mal, no es la barrera incontrastable que se opone al desarrollo de la acción del bien, y por lo mismo de las virtudes apostólicas.

Otro ha sido el adversario de ese desarrollo, y es, la falta individual y colectiva de perseverancia en el fervor primitivo: eso es lo que nota y censura el espíritu del siglo, tan mal comprendido y

calumniado, y eso es lo que deploran los hombres pensadores y con ellos toda la sociedad.

SÍ, la sociedad, animada de las ideas filosóficas reinantes, anhela, exige que las instituciones llenen su objeto y no sean una mentira sistemada; exige que los hombres que hacen profesión de virtud y heroísmo, sean realmente héroes y virtuosos; exige de ellos el cumplimiento del precepto del Salvador, "sed santos como lo es mi padre celestial:" y de otra manera, también exige que desaparezcan de su seno, porque eso está en el orden invariable de las cosas, según la sentencia del Evangelio: "¡árbol que no da fruto será quemado!"

Finalmente, otros oponen que la falta de auxilio, especialmente de los gobiernos, ha cortado las alas al genio emprendedor que en otros siglos dió tanto crédito á los religiosos, y que ella es la que hace imposibles las misiones entre los bárbaros.

No negaremos que la cooperación eficaz del gobierno á las empresas apostólicas sería de alta importancia para obtener buenos resultados; pero jamás concederemos que sea necesaria é indispensable, y antes bien podemos afirmar, sin temor de equivocarnos, que los viajes más fructuosos de los misioneros han sido

los que realizaron sin protección de ninguna clase, llevados sólo del ardiente celo que los impulsaba y entregados enteramente al cuidado de la Providencia. Buena prueba de ello nos suministra el P. Margil, quien además siempre esquivó en su bienhechora carrera ayudarse del poder humano. Con este motivo, y para concluir, referiremos un caso notable de su vida:

Emprendida por él, como dijimos, la conversión del Nayárit, le excitó la real audiencia á que propusiera los medios más aptos para civilizar aquellas tribus bárbaras, á lo que él respondió: "Los que se me ofrecen son á mi ver los más propios para la suave introducción evangélica, y los que su Majestad, en sus leyes, tiene establecidos para convertir y reducir, disponiendo que siempre preceda la paz evangélica y los más suaves de la persuasión. . . . Siendo del agrado de esa real audiencia, entraré por aquel rumbo, como tengo intención, con sólo un compañero, predicador misionero, de nuestro colegio, á la sierra, sin escolta ni cuidado de armas."

¿No os parece escuchar el razonamiento de un discípulo de San Pablo?

XI

Dos palabras más.

Los restos del P. Margil fueron exhumados con autoridad apostólica en 10 de Febrero del año de 1778: en el de 1861, á 2 de Abril, cuando ya la mano de la destrucción desmantelaba la iglesia y claustros del convento de San Francisco, eran trasladados á la Catedral por los religiosos Fr. Amado Montes, Fr. Buena-ventura Merlin y Fr. Luis Ogazón, acompañados del Lic. D. Luis Rivera Melo, joven de ideas progresistas, y de grandes esperanzas para la literatura. El cuerpo del venerable sacerdote iba encerrado en una caja de madera, forrada de piel roja, y con tres cerraduras. Quedó depositado en la capilla de la Virgen de la Soledad.

Si la afición á las virtudes del héroe cristiano pretende corroborar más la memoria que de él anida en nuestras almas, guárdese de estampar en esa caja una pomposa inscripción: recuerde tan sólo, y este será el mejor epitafio, las palabras que el santo misionero profirió en una ocasión solemne, y que tan bien revelan su desprendimiento de cualquier otro

afecto que no fuese el de la virtud: "no tengo más padre y madre que Jesucristo."

XXIII

EL CONVENTO

Extrañará acaso el lector haber visto el bosquejo de la vida del P. Margil incluido en el cuadro que hemos destinado á los religiosos franciscanos llamados de la observancia, siendo así que el gran misionero pertenecía á los de "propaganda fide," por cuya circunstancia parecía más natural fijar en él la atención al tratar del monasterio de San Fernando; pero hay que saber por una parte que así el colegio de la Santa Cruz de Querétaro, donde floreció al principio de su carrera en nuestro país, como el mencionado poco antes, fueron fundados por la provincia del Santo Evangelio, de que era matriz el convento de San Francisco de México, y por otra, que el venerable padre vino á morir á este último, en él descansaban sus restos, al propio edificio pertenecía la celda donde pasó su postrer enfermedad, según ya expresamos, y todas estas razones nos autorizan á creer que esta era la ocasión de consagrarle las líneas antecedentes.

Por lo demás, los apuntes que dimos sobre esa celda y la enfermería, de que formaba parte, nos conducen naturalmente á hablar de lo restante del convento.

Este grandioso edificio que, según ha dicho un escritor, considerado bajo el aspecto religioso no tiene igual en la República, gozó en todo tiempo de bien merecida celebridad, ora por la hermosura de su iglesia y capillas, ora por la amplitud de los claustros y demás partes anexas, y ora en fin, por los magníficos paramentos y riquezas artísticas que acaudalaba.

Admiración de nacionales y extranjeros fué en nuestros días, y la iglesia en particular se consideró siempre como el punto de reunión de lo más granado de nuestra sociedad, que asistía allí á los divinos oficios celebrados con un esplendor y pompa sorprendentes.

Durante el régimen colonial, por idénticos motivos, fué objeto de la misma afición, del mismo cariño. Los pocos viajeros que entonces recorrieron el país y se detuvieron en la capital, le visitaron: hacían otro tanto los españoles que pasaban á ella con ánimo de avecindarse. ó con el de morar algunos años como los vireyes; y contravéndonos á los segundos, citaremos el ejemplo de la visita que le hizo el primer conde de Revillagigedo